

Ojos que no ven...

Evidencia, control y orientación de las emociones en la tarea de buzos y nadadores de rescate de la Prefectura Naval Argentina

Sabrina Calandrón

CONICET-IdIHCS/UNLP

Introducción

Sumergirse en el agua completamente a ciegas. Descender a oscuras exponiendo el cuerpo a lo desconocido. Ingresar al reino de criaturas marinas jamás domesticadas. El trabajo de buzos de la Prefectura Naval Argentina es zambullirse en las aguas navegables de la Argentina para encontrar restos de embarcaciones hundidas, averías o cadáveres. Hasta en los lugares del país donde el agua es más cristalina, los buzos descienden con el campo visual cerrado. La suciedad, las cualidades del suelo y los sedimentos minerales que flotan impiden, de forma taxativa, ver. Al contrario del refrán popular que reza “ojos que no ven, corazón que no siente”, los y las buzos confiesan que en la oscuridad del agua las emociones se erizan y la sensibilidad es mayor. El desafío es, en la profundidad del río, controlar esas emociones.

Para descender, buscar y encontrar aquello que se proponen atravesar una importante formación en técnicas de nado, buceo y control de sustancias químicas donde la mayor orientación bajo el agua la obtienen de señales de la superficie y por el tacto. Esta ponencia describe las actividades cotidianas laborales y profesionales de un servicio especial de la Prefectura Naval Argentina: el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental.

Accidentes acuáticos, barcos pesqueros atrapados por tormentas o infelizmente hundidos, derrames de petróleo u otras sustancias químicas requieren del socorro del Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental. Su personal está capacitado para bucear, hacer nado de rescate o intervenir como bombero en el control de incendios o materiales peligrosos. Este servicio, creado en el año 1953 por un Decreto del poder Ejecutivo Nacional¹, recibe mujeres desde el año 2003, cuando ingresó a la Escuela Superior Nacional de Buceo el primer grupo de cinco marineras. La inclusión de ese grupo

¹ Decreto 10.749 (O/M N° 16/53)

de mujeres se realizó en el marco de la eliminación de la restricción para el ingreso de mujeres a los Institutos de Formación de la Prefectura Naval Argentina en el año 2000. Producto de esto, la composición del personal del servicio es de un más de 90% de varones.

Este es uno de los ocho servicios con los que cuenta la Prefectura y, para su ejercicio, requiere de una formación específica de un año de duración (además de la formación básica como marinero, suboficial u oficial de uno, dos y tres años respectivamente) y un entrenamiento constante. Se trata de una función especial en la medida en que discurre de la formación y las tareas convencionales de la fuerza y, en función de ello, su personal cuenta con una capacitación adicional que –por otro lado– es retribuida salarialmente. Como otros grupos policiales especiales, este servicio es llamado a intervenir cuando las capacidades convencionales de la fuerza se ven sobrepasadas y la participación requerida es específica y de alto nivel de desempeño.

En las actuaciones, estos profesionales aprenden, experimentan y tratan de incorporar formas particulares de tratar a las emociones: leerlas como expresiones de la salud física, racionalizarlas para minimizar su impacto, contextualizarlas y controlarlas. Frente a la reducción de sentidos como la vista o el olfato en las profundidades de las aguas, las experiencias emocionales cobran un lugar central en la orientación y la resolución de situaciones. En este sentido, la presente ponencia explora los sentidos atribuidos a las emociones para el desempeño profesional de buzos y nadadores de la Prefectura Naval Argentina. La centralidad de las emociones y su uso para el cumplimiento de tareas se deriva, en las explicaciones de los y las integrantes de este servicio, de la clausura de uno de los sentidos primordiales de los seres humanos: la vista. La imposibilidad de ver debajo del agua agudiza el uso de otros sentidos y, con ello, el control de reacciones emocionales.

Los datos empíricos utilizados para este estudio se elaboraron en el marco de un trabajo de campo etnográfico. Las observaciones de las tareas cotidianas del servicio y las entrevistas a mujeres y varones que forman parte de él, técnicas principales utilizadas, se realizaron entre los meses de abril y junio de 2017. Durante esos tres meses visité semanalmente el Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental ubicado en la Dársena F del Puerto de Buenos Aires. En esas ocasiones presencié interacciones entre sus integrantes, realicé entrevistas informales, compartí almuerzos y desayunos, visité las embarcaciones asignadas al servicio (Guardacostas Tango, Buque Grúa) y recorrí espacios viendo materiales, trajes y móviles que se utilizan a diario. La intención inicial, como todo trabajo de campo, fue comprender las lógicas de la tarea del servicio en los términos nativos, entender el lenguaje y hallarme entre sus herramientas de trabajo. En las conversaciones surgió la importancia de las emociones como materia primordial para la orientación exitosa de las intervenciones bajo el agua que nos permite avanzar en su análisis.

Bucear y nadar: el cuerpo como territorio de emociones

La importancia del cuerpo, como materia, es innegable para buzos y nadadores. El cuerpo es la embarcación para el traslado. El cuerpo es su propia eslora y su propio casco. Para ser parte del Servicio, los y las agentes postulan para el ingreso a la Escuela Superior Nacional de Buceo. Dicha postulación incluye exámenes médicos y de aptitud física. Esos análisis deben demostrar la ausencia de dificultades cardiovasculares o cualquier otro problema que disminuya la capacidad aeróbica o dificulte la recuperación muscular y respiratoria.

Sumergen su cuerpo hasta los 200 metros de profundidad con ayuda de dispositivos mecánicos como submarinos o campanas de buceo. El uso del minisubmarino permite el descenso y ascenso en el agua con una presión estable que, de hecho, no difiere demasiado de la presión exterior. En cambio, el descenso en la estructura denominada campana de buceo o el realizado de forma autónoma, incluye cambios en la presión a la que se expone el cuerpo que deben amortiguarse a través del uso de gases a fin de evitar intoxicaciones, formación de coágulos sanguíneos u otro tipo de complicación arterial. También, para la tarea misma de bucear o nadar se requiere, de acuerdo a la intervención realizada, un gasto de energía y empleo de la fuerza y resistencia que debe, por lo menos, entrenarse periódicamente.

La formación de la Escuela de Buceo consiste en preparar la musculación para la exigencia. Por la mañana, generalmente, realizan actividades áulicas con contenidos curriculares de matemática, física y química. Por las tardes es la cita para el entrenamiento: corren por la costanera del Río de La Plata, nadan en aguas abiertas y descienden en una pileta construida especialmente para prácticas de buceo. Aprenden a colocarse todo el equipamiento, incluidos los tubos de oxígeno, en el fondo de la pileta y a ciegas. Los momentos recreativos son, en general, deportivos: partidos de fútbol, gimnasio o caminatas.

Las referencias de los y las cursantes acerca de los desafíos de esta formación es “aguantar”. Aguantar el dolor. Aguantar el cansancio. “Hay días que te duele todo, pero hay que seguir” dicen las prefectas que pasaron, hace pocos años, por el curso. Esta es una de las primeras formas de controlar las emociones y quebrantar la voluntad. La racionalización del objetivo profesional se impone, a través de este control de emociones, al deseo irrefrenable de abandonar, volver al hogar, dormir, detener la marcha de las piernas o las brazadas en el agua. Lo que se busca en esa instancia no es eliminar o evitar las emociones fuertes, sino experimentarlas y orientarlas controlándolas. Es lo que Elías y Dunning (1992) desarrollan con la idea de *emoción lúdica* en tanto es una emoción buscada deliberadamente y, más allá de su contenido específico, es siempre agradable. El dolor es, como en otros acontecimientos recreativos, un síntoma del correcto funcionamiento del ejercicio y del esfuerzo. En este sentido, se trata de una liberación que no perturba el orden ni resulta amenazadora debido a que está controlada.

Los y las buzos se sumergen en la búsqueda de roturas de cascos de barcos o, en el peor de los casos, cadáveres. Patricia, suboficial de buceo, cuenta que es una sensación contradictoria encontrar un cadáver porque “al tocarlo, al sentirlo, cumpliste la tarea que por ahí viene llevando 24 horas de búsqueda, pero por otro, sabés que es una persona muerta”. La experiencia emotiva, en términos de Arlie Hochschild (1979), incluye actos secundarios performativos asociados a convenciones de sentimientos (lo que, en términos sociales, corresponde sentir de acuerdo a las circunstancias). La alegría y satisfacción por el hallazgo se tensiona con la pena, típicamente asociada a la muerte en nuestra sociedad. Así se inhibe la exaltación por el descubrimiento y se imbuye un nuevo sentimiento que es la aflicción.

“Son cosas que te dan mucha adrenalina” explicaba Lorena, nadadora de rescate, al recordar algunas de las intervenciones que ha realizado. Mientras me mostraba fotos saltando desde un helicóptero hacia el río y subiendo mediante dispositivos de cuerdas a la misma aeronave que mantenía prácticamente inmóvil. Lorena sonríe, entrecierra los ojos y dice que la emoción que siente en esos momentos es inexplicable. Esto difiere de otras tareas policiales, tanto de la Prefectura Naval Argentina como de diversas fuerzas, caracterizadas por el tedio, la espera y la presencia en el medio urbano. A diferencia del policiamiento ostensivo, las intervenciones de las nadadoras de rescate están cargadas de excitaciones, iniciativa y acción.

Lorena insiste en enseñarme la autobomba en la que salen los y las bomberos del servicio. Acuden a incendios a bordo de embarcaciones, incendios en puertos y derrames de sustancias peligrosas. Un suboficial antiguo me explicó parte a parte la composición del móvil. “Esto es un chiche” repetía y completaba con la siguiente idea:

Cuando estás trabajando en el lugar, actuás, te movés rápido, a veces te invade la emoción, pero es fundamental que las herramientas que tenés sean adecuadas sino volás. Mirá estos guantes dobles, me salvaron la vida. Una vez fui a un escape en una válvula de refrigeración. Fui y agarré la válvula para cerrarla, estaba perdiendo amoníaco, me quedé pegado y estos guantes me salvaron las manos. La primera capa se pega, pero la segunda se mantiene intacta. Me los arranqué. A veces, en el medio de la desesperación no pensás con claridad.

Carlos narra una manifestación de una emoción primaria, irreflexiva y abrupta. La acción de cerrar la válvula con sus propias manos pudo haber sido una tragedia que se evitó con el uso adecuado de los elementos de trabajo previsto con anterioridad a abordar el incidente. La reflexión y protocolización es, desde la mirada de Carlos, el método ideal para contrarrestar el fuerte poder de los impulsos emocionales.

El reacomodamiento de los sentidos en el agua

Como indicaba en el apartado anterior, durante el entrenamiento de buceo los y las agentes se sumergen en una pileta de unos dos metros de diámetro por cinco de profundidad llamada “la cuba”. El día que vi por primera vez la cuba, dos agentes hacían un entrenamiento con la guía de un instructor. Se trataba de un ejercicio básico, según me explicaron, que comenzaba con la inmersión y llegada hasta el piso de la cuba donde estaban los tubos de oxígeno. Al tocar el fondo, los agentes debían colocarse ese equipo de respiración, las lunetas y las aletas. Las lunetas que emplean tienen la cualidad de estar tapadas. Anulan completamente la visual de los buceadores y la intención es, justamente, prepararse para la oscuridad del río.

La falta de visibilidad es capaz de trastocar el sentido de orientación del cuerpo. Los y las buzos pierden sensibilidad física para moverse en el agua. Razón por la cual entrenar con la vista obturada no sólo acostumbra a los buzos para el medio en el que trabajarán sino que además es útil para desarrollar la orientación. Marcelo, oficial a cargo de las operaciones, explicaba que hay una sutil, pero vital diferencia entre los buzos tácticos y los táctiles. Sonríe mientras me ve caer en la trampa. “El buceo táctico –explica– es el de asalto que hacen buzos del ejército, es un buceo de combate”. La Agrupación de Buzos Tácticos de la Armada Naval Argentina emplea lo táctico en tanto abordaje sorpresivo a un sitio con fines bélicos o de salvamento. Están entrenados en explosivos, recolección de información, paracaidismo y relevamiento hidrográfico. “Nuestro buceo –continuaba Marcelo– es táctil. Al no tener campo visual, la principal orientación es el tacto, tenés que ir tocando para reconocer la embarcación, reconocer el casco, reconocer un cadáver. Lo tocás.”

Los suboficiales del servicio explicaban el modo de hacer reconocimiento mediante el tacto. Y, más tarde, hacer arreglos en los barcos, soldaduras y cortes. La precaución es extrema porque pueden dar con un elemento corto punzante que los lastime. Guillermo, suboficial con más de 10 años de antigüedad en esta división, explicaba la sensación movilizante de haber estado sumergido en el agua y que lo toque, inesperadamente, un pez: “es horrible, podés entrar en pánico porque primero no entendés qué es lo que está pasando, pero hay que mantener la calma y pensar. Así, en frío, yo sé que un pez no te hace nada, a lo sumo te choca y se va”. La combinación entre el pánico y la reflexión es central para poder realizar las intervenciones de manera correcta e, incluso, para no lastimarse a sí mismo. Los y las suboficiales con quienes compartía un almuerzo explicaban que el mayor desafío es regular esas emociones. La excitación es considerada buena y saludable en la medida en que genera pasión por el trabajo, entusiasmo y ambición de profesionalidad. No obstante, debe ser regulada para no poner en peligro la propia vida, concluir las operaciones, controlar el medio y hacer el correcto reconocimiento del espacio y del lugar que el cuerpo ocupa allí.

El asco es también parte del trabajo. Patricia, suboficial, buzo y abogada, participó de numerosas intervenciones. Recuerda algunas de las búsquedas más extensas. Explica que el rastillaje de cadáveres se dificulta en cuanto pasan algunas horas porque al despedir

gases por la descomposición, el cuerpo flota y “viaja”. Fue parte de búsquedas de más de 12 horas en ríos, riachuelos y canales de baja profundidad donde la mugre se acumula. Para sacarse el fango y la grasa del cuerpo luego de esas intervenciones utilizaba gas oil. “El pelo no lo recuperás por semanas, te queda una paja” recordaba Patricia en una entrevista. Rememoraba también los momentos críticos de mantenerse, caminar y zambullirse en la basura, en aguas semi estancadas por donde caminan las ratas y nadan las nutrias.

Parábamos para comer un sanguiche. Que lo comías porque tenías tanta hambre, tanto desgaste, pero era un asco, yo pienso ahora como podía... comíamos con ese olor, con esa mugre alrededor, que te tenía que dar de comer un compañero porque vos no podías tocar nada.

Los olores se vivencian en el trabajo de superficie, pero no debajo del agua. El olfato no colabora para orientarse en las profundidades, pero si puede ser señal de un animal muerto o un químico derramado. Oler orienta y, llegado un límite, genera asco. Un asco que debe atravesarse para continuar con las actividades. Algunos de los agentes varones dicen que es este el mayor desafío del trabajo y una razón reiterada del abandono del servicio. Por esto creían, hace unos años, que sería imposible la integración de mujeres al servicio, razón por la cual hablan de que es un trabajo “poco femenino”. Pero para sorpresa de ellos, las mujeres también aprenden y desarrollan formas de tolerancia al asco a fin de integrarse y mantenerse en este agrupamiento.

Conclusiones

En estas páginas revisamos emergentes del trabajo de campo acerca del lugar de las emociones de integrantes del Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental de la Prefectura Naval Argentina en su desempeño profesional. Una cualidad distintiva de este sector de la Prefectura es la importancia del cuerpo debido a la exigencia física que demanda la mayoría de sus intervenciones. A partir de allí, las emociones que atraviesa el cuerpo durante las operaciones o después de ellas son materia de reflexión y preocupaciones de los y las integrantes de este servicio.

“Las emociones –dice David Le Breton– no son turbulencias morales golpeando conductas razonables, siguen lógicas personales y sociales, tienen su razón de ser” (Le Breton, 2012-2013:72). Los y las agentes atraviesan miedos luego de percibir situaciones o movimientos a su alrededor, que luego, al analizar y recordar los principios del entrenamiento, se tranquiliza y continúa con su objetivo. Pasan, así, de una emoción a otra. Este pasaje es parte del trabajo emocional demandado para las tareas operativas de buceo. En lo que respecta al trabajo y el ingreso a esta especialización, las referencias a aguantar, resistir y sobreponerse al dolor y el cansancio eran comunes. El entrenamiento requiere una resistencia física que debe acompañarse, según los integrantes de esta división, con

resistencia emocional. En este sentido el trabajo primordial está orientado a limitar las emociones que, en parte, atentan contra la integración al servicio. Luego, recuperamos la expresión verbal de la adrenalina y la pasión como emociones características del trabajo de buceo y salvamento. Se tratan estas de emociones consideradas positivas que hacen el trabajo mejor y más interesante que, por ejemplo, en otras fuerzas policiales o destinos de trabajo. En estos casos, los y las prefecturianas refieren a un encauce de estas emociones, pero no a su disminución o control.

En relación al trabajo concreto del Servicio de Salvamento, Incendio y Protección Ambiental surgieron las referencias al asco y el miedo como repertorios emocionales posibles. Allí, la regulación de estas experiencias es vital para lograr los objetivos operativos dispuestos. Vimos que los sentidos se transforman fuertemente en el despliegue en el agua, razón por la cual los buzos y nadadores desarrollan otras formas de orientación, en particular el tacto.

Esta ponencia revisa de forma inicial y exploratoria las referencias y el lugar de las emociones tanto cuando se trata de incorporarlas como orientadoras del trabajo como cuando se expresan involuntariamente y requieren de un esfuerzo de regulación por parte de los y las agentes.

Referencias bibliográficas

Elias, Norbert y Dunning, Eric (1992). “La búsqueda de la emoción en el ocio”; en: Elias, N. y Dunning, E. *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Hochschild, Arlie (1979). “Emotions Work. Feeling rules and social structure”. En *The American Journal of Sociology*, vol. 85; pp 551-575.

Le Breton, David (2012-2013). “Por una antropología de las emociones”, en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, núm. 10, pp. 69-79.